

Francesc de Carreras

Solé Tura antes de la Constitución

La muerte de Jordi Solé Tura ha suscitado estos días grandes elogios a su persona y a su actividad como político, elogios, sin duda, más que merecidos. En especial, se ha destacado su importante papel en la ponencia constitucional y en el debate constituyente, así como su influencia en la política de los comunistas españoles durante la transición política. Todo ello es muy cierto y los numerosos artículos que recordaban a Jordi Solé han hecho justicia, además, a su persona: político honrado y coherente, trabajador incansable, dotado de gran capacidad pedagógica y claridad expositiva, analista político brillante, de trato afable y alegre, buena persona en el más profundo sentido de la palabra.

Sin embargo, con alguna excepción, la mirada se ha centrado especialmente en el Solé Tura ponente constitucional, olvidando importantes etapas anteriores de su vida que, además de su importante incidencia en la sociedad de aquella época, ayudan a explicar la competencia profesional, inteligencia política y madurez intelectual con las que pudo afrontar con éxito el reto de colaborar, desde el Partido Comunista, en la primera Constitución aprobada por consenso de la historia de España.

Ante todo, Solé Tura fue un hombre hecho a sí mismo. Descendiente de republicanos derrotados moral y psicológicamente desde la Guerra Civil, sin apenas estudios, trabajó en la panadería de su familia en Mollet del Vallès hasta incorporarse, a los veintiún años, al servicio militar. Fue entonces cuando decidió buscar nuevos horizontes: en pocos meses aprobó todas las asignaturas del bachillerato, después cursó la carrera de Derecho –en la que obtuvo premio extraordinario– y comenzó su experiencia política como militante del PSUC. Recién incorporado como ayudante en la cátedra que impartía el profesor Manuel Jiménez de Parga, tuvo que exiliarse para escapar de la persecución policial y pasó cinco años, entre París y Bucarest, como miembro del aparato del Partido Comunista. La experiencia está minuciosamente relatada en sus interesan-

F. DE CARRERAS, *catedrático de Derecho Constitucional de la UAB*

tísimas memorias (*Una història optimista*, Edicions 62, Barcelona, 1999).

Decepcionado de la sociedad que se estaba construyendo en los países soviéticos y discrepante con la estrategia de un PCE burocratizado, dirigido desde el exilio y demasiado desconectado de la realidad española, Solé decide volver a Barcelona para iniciar una vida nueva y distinta como profesor universitario e intelectual comprometido. El regreso de un entonces



AVALLONE

casi desconocido Solé Tura en 1964, visto con la perspectiva de hoy, fue todo un acontecimiento. Con la inapreciable ayuda de Castellet desde Edicions 62 y, de nuevo, Jiménez de Parga desde la universidad, Jordi Solé, con talento natural y una poderosa fuerza de voluntad, se hace rápidamente un hueco en la vida intelectual y política catalana. En los años siguientes, dos serán sus aportaciones teóricas más decisivas: la difusión –ya iniciada por Sacristán– del pensamiento de Antonio Gramsci y la revisión de las ideas del catalanismo político.

Hasta entonces la acción política de los intelectuales de izquierda estaba determinada por el existencialismo de Sartre y Camus: el compromiso político era una opción moral individual. El Gramsci maduro

le añade la necesidad de actuar desde un partido no leninista con capacidad de organizar no sólo a la clase obrera sino al conjunto de las clases populares, un espacio mucho más amplio. Además, la revolución no debía seguir el modelo leninista de conquistar el Estado para así reorganizar la sociedad, sino que se debía proceder a la inversa: lograr la hegemonía social para así ir conquistando el poder del Estado. Esta estrategia marcó decisivamente a la izquierda catalana desde los últimos años del franquismo.

Por otro lado, el catalanismo del momento vivía todavía de sus fuentes tradicionales, cuyo origen se remontaba a finales del siglo anterior, aun cuando la sociedad catalana se había ya transformado profundamente, entre otras cosas por la inmigración de los años cincuenta y sesenta. La tesis doctoral de Solé, dirigida por Jiménez de Parga, se centraba en analizar los antiguos principios del catalanismo tradicional, especialmente el pensamiento de Prat de la Riba, y las razones históricas por las cuales surgieron. Publicada bajo el nombre de *Catalanisme i revolució burgesa* (Ed. 62, Barcelona, 1967), es un libro que todavía se tiene en pie y sería bueno reeditar.

Fue a partir de entonces que se empezó a distinguir claramente entre catalanismo y nacionalismo catalán, lo cual produjo en los medios nacionalistas un rechazo explícito a las tesis de Solé, al que enseguida calificaron de anticatalán, como él oportunamente recuerda en sus memorias. Ahí puede estar el motivo de que sólo hace dos años, cuando él ya no era consciente de la realidad, le fuera concedida la Creu de Sant Jordi y tan sólo ayer, a título póstumo, la Medalla d'Or de la Generalitat.

Tras un raro e incomprensible paréntesis, Solé retornó a estas ideas al incorporarse de nuevo al Partido Comunista en 1973 y se convirtió en un punto de referencia para la estrategia democrática de los comunistas catalanes. El PSUC quiso ser el PCI, lo consiguió durante un tiempo, y en ese tiempo Solé constituyó una pieza central. Y fue en este periodo cuando los comunistas contribuyeron de manera crucial a la transición. El bagaje que aportó Solé Tura, acumulando su experiencia de tantos años, tuvo entonces un peso decisivo. ●

Lluís Foix



Nobel de la Paz en plena guerra

Un presidente con dos guerras abiertas aceptará hoy el premio Nobel de la Paz en el Ayuntamiento de Oslo. Barack Obama no se postuló para recibir el galardón, es más, fue una sorpresa para él cuando su hija le avanzó la noticia a la hora del desayuno en la Casa Blanca. La exposición de motivos del jurado noruego resaltaba la aportación de Obama al “diálogo y las negociaciones como instrumentos para resolver los conflictos internacionales más difíciles”.

La oratoria de Obama es brillante, comparable a la de Lincoln, Jefferson, Churchill, Luther King y Charles de Gaulle. Sus discursos son impecables, cautivadores, convincentes. Espero conocer el mensaje de Obama esta noche para ver cómo se puede aceptar el Nobel de la Paz, una semana después de haber ordenado el envío de otros 30.000 soldados a Afganistán y convencer a los aliados para que suministren otros 5.000 combatientes.

Sospecho que el discurso de Obama será otra pieza oratoria que tendrá que justificar el hecho de pasar por un presidente pacífico siendo el coman-

El discurso de Obama tendrá que superar la contradicción entre belicismo y pacifismo

dante en jefe de ejércitos que suman más de doscientos mil soldados sólo en Iraq y Afganistán, donde las matanzas diarias ya no merecen la atención de los informativos.

Las guerras son, además de la muerte y los sufrimientos, un torrente de palabras que esconden la miseria de la condición humana y que causan escalofrío. A la crueldad de los conflictos se suma la retórica que impregna hasta a quien la escucha. Detrás de las palabras hay violencia, bombas, víctimas inocentes o beligerantes.

Sólo dos presidentes norteamericanos en ejercicio han recibido el Nobel de la Paz. Theodore Roosevelt lo recibió en 1906 después de haber mediado en la guerra ruso-japonesa de 1905. Woodrow Wilson lo consiguió en 1919 cuando había ya terminado la Gran Guerra, en la que el presidente norteamericano había escrito los famosos catorce puntos del tratado de Versalles que después no fueron ratificados por el Congreso de Washington. Es cierto que si Henry Kissinger y Yasir Arafat han sido galardonados con el Nobel de la Paz, cualquiera puede optar a este galardón.

Es cierto que sin palabras y sin el convencimiento de su significado es difícil vivir y que perder esa fe en el lenguaje es abandonarlo casi todo. Pero decía Goethe en sus conversaciones con Eckermann que el “estilo de un escritor es la impronta fiel de su interior”: “Si alguien quiere un estilo claro, que tenga antes las cosas claras en su alma, y si alguien pretende escribir en un estilo grandioso, que su personalidad también lo sea”.

Sabemos las promesas de Obama sobre Guantánamo, Iraq, Afganistán y la nueva proyección internacional de Estados Unidos. Hasta ahora han sido bellos discursos. Conciliar guerra y paz es posible en la literatura. En política es mucho más complicado. ●

Ricard Zapata-Barrero

Municipios y dignidad

Las consultas ciudadanas son una práctica democrática poco usada por nuestros gobernantes. Lo que ahora entra en juego es la capacidad de la misma ciudadanía de movilizarse, sin que nadie la vehicule. En este marco, adquiere una dimensión reivindicativa y de responsabilidad adicional, si se quiere acompañar las acciones con el valor de dignidad democrática. Estas dos dimensiones están presentes en las consultas sobre el Dret a Decidir.

Como reivindicación, no sólo está la finalidad de que la ciudadanía quiera pronunciarse a favor del derecho a decidir su destino como pueblo nación, y contribuir a cambiar el debate nacionalista de una ló-

gica de competencias a una lógica de cambio de Constitución, sino que es el mismo proceso el que tiene carácter reivindicativo, al dotar de este derecho no sólo a los mayores de 16 años, sino a los inmigrantes. El derecho a que el empadronamiento sea la base de los derechos debe también valorarse, pues se hace visible una lógica ciudadana de inclusión, sea cual sea el estatuto jurídico que le da el Estado a la persona. La vecindad por vez primera se aplica en esta consulta popular.

Como responsabilidad, estas consultas deben interpretarse como un proceso. La primera etapa fue la consulta del 13-S en Arenys de Munt y todo el amplio debate que suscitó. La segunda es su réplica y multiplicación el 13-D en más de un centenar de municipios de Catalunya. Esta segunda etapa no hubiera sido posible sin el

41% de participación del 13-S, en realidad el único indicador de éxito democrático (el resultado es lo que menos importa). La responsabilidad que tienen ahora los municipios 13-D es movilizar a sus vecinos y conseguir buenos resultados de participación. Sin este éxito, difícilmente podrá seguirse la tercera etapa de Girona con interés histórico. El debate sobre la cuarta fase sólo dejará de ser política ficción si el motor de todo este proceso conserva su combustible: el porcentaje de participación. La responsabilidad del 13-D está en los promotores de la consulta; todas sus acciones y debates pueden quedar o bien en la simple anécdota y exotismo (visto desde fuera), o bien en el carácter serio de ser agentes de la historia y confirmar que la democracia es algo más que el elitismo de los partidos. No hay término medio. ●

R. ZAPATA-BARRERO, *departamento de Ciencias Políticas y Sociales, Universitat Pompeu Fabra*